

## CAPITULO X

### La Falange Americana

Walker y Kinney iban en alta mar a un mismo tiempo, aunque por distintos rumbos, con destino a Nicaragua. El **Vesta** hizo un viaje largo y tedioso, pero, después de todo, sus pasajeros tuvieron mejor suerte que los naufragos del **Emma**. El 16 de junio de 1855 los cincuenta y ocho filibusteros desembarcaron en El Realejo, puerto el más septentrional de Nicaragua, y al llegar a León, Walker fue gratamente recibido por Castellón. Eran momentos en que la fortuna del partido democrático iba de mengua. A la partida de recién llegados llamósele Falange Americana, y a su jefe se le dio grado de coronel, como ya le llamaban desde su invasión a Baja California. Walker organizó dos compañías; Achilles Kewen fue nombrado teniente coronel. Crocker mayor, y Hornsby capitán. La mayoría de los falanginos (como el vulgo dio en llamarles) se naturalizaron nicaragüenses, toda vez que, conforme a la constitución de Nicaragua, bastaba con que un individuo nacido en cualquiera de las repúblicas americanas manifestara su deseo de naturalizarse para que obtuviera la ciudadanía del país. Walker trazó en seguida planes para apoderarse de la vía del Tránsito con el propósito de aumentar sus fuerzas enganchando aventureros que al cruzar el istmo quisieran incorporarse a la Falange. Así pues, el 23 de junio reembarcó a sus hombres en el **Vesta**, y con un refuerzo de ciento diez soldados nicaragüenses puso proa al Sur. Echaron anclas dieciocho millas al Norte de San Juan del Sur y tomaron el camino de Rivas, ciudad situada pocas millas al Norte de la vía del Tránsito y como a la mitad del camino entre La Virgen y San Juan del

Sur. Walker tenía forzosamente que ocupar la ciudad si quería controlar la vía. Los legitimistas, según sospechó siempre Walker, se habían enterado de su movimiento por traicionera información suministrada a ellos por el General Trinidad Muñoz, General en Jefe de las fuerzas democráticas a quien disgustaba que Castellón se sirviera de los americanos, y quien, además, en El Realejo puso muchos obstáculos a su salida. Castellón había prometido a Walker doscientos soldados, y el hecho de que al fin sólo le dieran la mitad confirmó la sospecha de Walker sobre la perfidia de Muñoz.

A eso de medio día del 29 los filibusteros atacaron Rivas. Los soldados nicaragüenses que reforzaban a Walker huyeron a los primeros disparos, dejando a los cincuenta y cinco americanos frente a una fuerza de más de quinientos hombres. Los filibusteros se guarecieron en varias casas, en donde durante cuatro horas los legitimistas los tuvieron acorralados. Los rifles americanos hicieron estragos en las filas contrarias, pero los dos más altos oficiales de Walker, Kewen y Crocker, murieron en la lucha; y otros tres oficiales Anderson, De Brissot, y Doubleday, se hallaban heridos. Cinco de sus hombres habían muerto y doce estaban heridos, así que sólo quedaban treinta y ocho para pelear contra una fuerza abrumadora. Luego los legitimistas prendieron fuego a las casas que servían de refugio a los filibusteros. No le quedaba pues a Walker otro camino que tocar la retirada. Y entonces los sitiados, volando tiros y pegando gritos rompieron de improviso con gran ímpetu en las calles. Los legitimistas, desconcertados ante el inesperado arranque dejaron que los filibusteros salieran con la pérdida de sólo un hombre más. Cinco de los heridos lo estaban de tanta gravedad que no pudieron seguir a sus compañeros. Los nicaragüenses los remataron y luego quemaron sus cadáveres. Las bajas legitimistas fueron diez veces mayores que las de los filibusteros. Pero Crocker y Kewen eran hombres que Walker no podría reponer jamás. El primero había soportado junto con Walker todas las penalidades de la campaña de Baja California, y dentro de su fría y taciturna ma-

nera el líder filibustero había llegado a quererlo casi como a un hermano. (1).

Con los sobrevivientes de la batalla pudo Walker a duras penas llegar a San Juan del Sur, por cuya calles desfilaron en la más deplorable situación; unos sin sombrero, otros descalzos, y otros más renqueando, y todos hambrientos y desastrados. Y aun cuando su porvenir parecía sombrío, en el puerto encontraron a dos hombres que se incorporaron a la Falange. (2). El **Vesta** tenía órdenes de cruzar frente al puerto, pero al no aparecerse allí ni en los contornos Walker obligó a la goleta costarricense **San José**, que acababa de arribar, llevarlo a El Realejo con su tropa. El capitán los recibió cortésmente, sobre todo cuando se le dijo que su barco podía verse en dificultades en aquel puerto por haber traído recientemente de Guatemala al renombrado General Santos Guardiola, militar hondureño que llegó a ayudar a los legitimistas contra los demócratas. Mar afuera dieron alcance al **Vesta** al que se pasaron los filibusteros. Llegaron a El Realejo el 1 de julio, dos días después de lo de Rivas.

Walker presentó a Castellón un informe por escrito dándole cuenta de todo lo ocurrido; acusaba abiertamente de mala fe a la tropa nicaragüense aliada, y atribuíase su defección a maquinaciones del general Muñoz. Exigía se investigara la conducta de ese militar, y decía que si no se disipaban las sospechas que sobre él recaían la Falange se iría de Nicaragua. Castellón envió al Doctor Livingston, americano residente en León, a dar explicaciones a Walker rogándole al mismo tiempo que no lo abandonase. Walker, sin embargo, seguía fingiéndose agraviado en su tienda de campaña, o más propiamente dicho en su camarote del **Ves-**

- (1) En este relato de lo que se ha dado en llamar "la primera batalla de Rivas", me he atenido a la narración del propio Walker, la que es notablemente exacta y reconocida como correcta por un escritor tan hostil como el historiador Doctor Montúfar. Ver **La Guerra de Nicaragua**, Cap. 2, por Walker; **Walker en Centro América**, por Lorenzo Montúfar, Págs. 69 a 78 (Guatemala, 1887); y **Walker's Expedition**, por Wells, Págs. 57 - 55.
- (2) Walker quiso perpetuar su memoria dando sus nombres: Peter Burns, irlandés, y Henry McLeod, tejano.

ta, pareciendo dispuesto a irse de un momento a otro. Mas esto estaba muy lejos de ser así. Su verdadero objeto era dar a sus hombres un descanso muy necesitado y a sus heridos tiempo para curarse, así como hacer ver a Castellón cuán necesaria le era la cooperación americana. Diez días pasaron hasta que Walker accedió a volver con la Falange a León, la capital democrática, cuyos habitantes esperaban atemorizados el ataque de los Legitimistas. Los agradecidos demócratas facilitaron a Walker caballos y carretas, y los heridos fueron bien atendidos en Chinandega. Allí, durante algunos días, los falanginos se dieron la gran vida.

En su viaje a León Walker volvió a verse con su viejo amigo Byron Cole, quien después de haberle enviado su contrato se había quedado varias semanas esperando la llegada de los filibusteros, hasta que perdida toda esperanza se fue tras de Wells a la región minera de Olancho, en Honduras. Al saber la llegada de Walker voló de vuelta a León; llevaba con él a un ex-oficial de caballería prusiano. Bruno von Natzmer, cuyo conocimiento del idioma y del país hacía de él un hombre valioso para el jefe de la Falange. Estas dos adquisiciones compensaban en algo la pérdida de sus leales y aguerridos hombres de Rivas.

Disipado ya el temor de un ataque legitimista a León, propuso Walker un segundo ataque a la ruta del Tránsito, pero de nuevo encontró oposición del general Muñoz quien quería dividir a los filibusteros en escuadras de diez hombres interpolándolas entre las compañías de soldados nicaragüenses, y marchar sobre Granada. Pero viendo Walker que los hijos del país se negaban a apoyar sus planes, ordenó a sus hombres prepararse para retornar a Chinandega; y pidió caballos y carretas. Hízose caso omiso de la solicitud, y en cambio se mandaron a acantonar trescientos cincuenta soldados nicaragüenses frente al cuartel de la Falange. La amenaza de un choque era inminente, por lo que Walker envió a Castellón un ultimátum conminándole a retirar las tropas en el término de una hora, pues que de lo

contrario, decía, las consideraría hostiles y se vería obligado a proceder conforme las circunstancias. Y se hizo lo que él quería: los democráticos desalojaron el local y se facilitaron caballos y carretas a los filibusteros. Estos, al salir, se fueron espiando atentamente todo movimiento sospechoso de parte de sus ex-aliados. Castellón, por supuesto, se alegró de que se fueran.

Estas dificultades eran presagio de otras más serias que habrían de presentarse. Cuando Walker llegó, los demócratas sabían que sin su apoyo estaban perdidos, y por cierto tiempo vieron en la Falange su única salvación. Pero luego se dieron cuenta de que sus ideas y las de Walker distaban mucho de concordar; ellos, que estaban seguros de vencer al enemigo con ayuda extranjera, descubrieron muy pronto que lo que el jefe de la Falange pretendía era americanizar a Nicaragua. Los líderes democráticos desconocían la magnitud del plan que Walker rumiaba desde antes de irse a Nicaragua, pero ahora sí podían ver con claridad que él no iba a desperdiciar su tiempo luchando en provecho de ellos únicamente. La meta inmediata de Walker era la ruta del Tránsito en donde podía reclutar voluntarios. A los demócratas interesaba sólo defender a León y atacar a Granada, el más poderoso bastión del enemigo; la campaña del Tránsito era algo que jamás pensaban ellos emprender. Esta diferencia de ideas, que muy pronto se manifestó, fue la causa fundamental de la discordia surgida posteriormente entre filibusteros y demócratas. Mientras los falanginos en Chinandega ocupados en los preparativos de iniciar su planeada campaña en el departamento de Rivas, Byron Cole medía con sus pasos de arriba para abajo, las calles de León afanado en obtener de Castellón dos cosas importantes: ahora que ya Walker y sus hombres estaban fuera del alcance de la ley de neutralidad de Estados Unidos, podía quitarse la careta del contrato de colonización, con arreglo al cual actuaba. Así pues, Cole obtuvo un nuevo contrato. Este autorizaba a Walker reclutar trescientos americanos para el servicio militar en Nicaragua, con sueldo mensual de cien dó-

lares más un donativo de quinientos acres de tierra al terminar la campaña. La otra tajada que Cole obtuvo, y que entonces tenía consecuencias imprevisibles, fue conseguir de Castellón plenos poderes para que Walker solucionara la querrela que por cuestiones de cuentas había surgido entre la República de Nicaragua y la Compañía Accesoria del Tránsito. Las posteriores relaciones de Walker con esta corporación constituye el aspecto más importante de toda su carrera.

A mediados de agosto, sin que Castellón autorizara la expedición, Walker llevó a sus hombres a El Realejo y los embarcó en el **Vesta**. Un indio llamado José María Valle, ex-subprefecto de Chinandega, tan admirador de los filibusteros como enemigo de los legitimistas, accedió a acompañar a Walker en su jornada a Rivas, y para ello comenzó a enganchar gente. Castellón le ordenó abstenerse, pero él no hizo caso y reunió más de ciento sesenta hombres que llevó a El Realejo. Walker simuló preparar viaje a Honduras que estaba en guerra con Guatemala. El presidente hondureño, General Trinidad Cabañas, había pedido ayuda a los democráticos contra sus enemigos en recompensa por servicios prestados el año anterior a Castellón, lo cual sirvió para dar verosimilitud a la estratagema de Walker. Pero no tenía él, en realidad, la menor intención de abandonar su plan del Tránsito. De modo que el 23 de agosto, a pesar de la terminante orden de Castellón de regresarse a León, partió para San Juan del Sur acompañado de Valle y ciento veinte nicaragüenses. Este su aliado había perdido ya la cuarta parte de su tropa a causa de deserciones y de los estragos del cólera, peste contra la cual hasta entonces los filibusteros habían resultado inmunes.

Bien puede verse que al emprender su segunda expedición a la ruta del Tránsito, Walker actuaba en franca desobediencia a su superior, iniciando de esa manera una revolución de su propia cuenta. Es interesante notar la rapidez con que adoptó las tácticas revolucionarias de los caudillos

hispanoamericanos; pero no nos sorprendamos, él simplemente se adaptaba al ambiente. No existía en Nicaragua por aquellos días un poder soberano al cual respetar o acatar; de suerte que la desobediencia a un dignatario nominal no podía en rigor ser considerada una traición. Mas con todo, no debe pasarse por alto el hecho de que para justificar más tarde su conducta Walker siempre afirmó que había ido a Nicaragua invitado expresamente por Castellón. Mediante este aserto reconocía la autoridad de Castellón como Director Supremo del Estado; pero su conducta no concuerda con tal afirmación. En otras palabras, si llegó a Nicaragua invitado formalmente por el director supremo del gobierno democrático, actuaba de mala fe yéndose a la ruta del Tránsito sin su autorización.

A poco de haber botado anclas en San Juan del Sur supo Walker que allí se encontraba, en viaje a San Francisco después de visitar al gobierno legitimista en Granada, nada menos que aquel ilustre de Parker H. French. Nunca se sabrá a qué llegó a Granada. Puede que hubiera tratado de obtener de los legitimistas un contrato similar al de Cole; debe por lo menos haber recurrido a ese pretexto para entrar en pláticas con los líderes. Considerándosele pues relacionado con los intereses de los legitimistas, no tenía nada que tratar con Walker. A pesar de lo cual el habilidoso bribón se las ingenió para hacerse llevar preso al **Vesta**. Allí explicó a Walker que había ido a Granada con el propósito de averiguar con qué defensas contaban los legitimistas, y pasó a informarle de todo cuanto había visto. Walker no pareció interesado en el relato ni en preguntar nada de nada, pero sí resolvió servirse de la mejor manera de ese hombre enviándolo a San Francisco a reclutar una compañía de setenta y cinco combatientes.

Súpose en San Juan del Sur que en la ciudad de Rivas estaba acuartelada una numerosa tropa legitimista y que Guardiola se pondría pronto al frente de ella. Acababa de ser derrotado por Muñoz en el Norte del país y había llegado

huyendo a Granada. Oíase jurar que se vengaría en los filibusteros echándolos al mar. No queriendo permanecer a la defensiva únicamente ni dejar que el ocio desmoralizara a sus hombres, Walker los hizo caminar la noche del 2 de septiembre sobre la ruta del Tránsito desde San Juan del Sur a la bahía de La Virgen. Estando allí a la mañana siguiente preparando el rancho, fueron atacados por seiscientos legitimistas con Guardiola a la cabeza. Había éste salido de Rivas la misma noche, y al llegar a cierto punto de la ruta del Tránsito por donde los filibusteros acababan de pasar, contramarchó en seguimiento de ellos hasta La Virgen. Los hombres de Walker pelearon, estrechados de espaldas al lago, y sin retirada posible filibusteros y aliados nicaragüenses, luchando hombro a hombro, se mantuvieron a pie firme. La victoria fue de las fuerzas democráticas. No murió un solo filibustero, pero sí dos de sus aliados. Sesenta cadáveres legitimistas quedaron en el campo de batalla donde también dejaron ciento cincuenta fusiles. Durante el combate Walker fue derribado por una bala fría que le dio en la garganta, y otra le hizo trizas un legajo de cartas de Castellón que llevaba en una bolsa de su levita. Ante la sorpresa de las tropas nicaragüenses Walker ordenó que a los enemigos heridos se les atendiera con el mismísimo esmero que a sus propios hombres; a nadie asombró esto más que a las mismas víctimas contrarias que esperaban, conforme a la costumbre criolla, ser fusilado o degollados allí mismo.

En la tarde siguiente al día del combate la Falange regresó a San Juan del Sur. La noticia de su triunfo sumó nuevos partidarios a sus filas. Redactóse el parte de la victoria que fue enviado a Castellón, pero cuando la noticia llegó a León el Director Provisorio estaba entre la vida y la muerte; expiró una hora después víctima del cólera. Su sucesor, don Nazario Escoto, felicitó a las fuerzas triunfantes y prometió enviarles la ayuda que pudiera. Pero añadía que la propagación del cólera dificultaba el enrolamiento de voluntarios, de verdaderos voluntarios como los que quería Walker.



Recién llegado a San Juan del Sur, Walker tuvo que imponer una exacción de guerra a los principales comerciantes para el sustento de la tropa. Al cabo de un mes le llegó ayuda de Estados Unidos. El 3 de octubre entró al puerto, con procedencia de San Francisco, un vapor de la Compañía del Tránsito con treinta y cinco voluntarios al mando del Coronel Charles Gilman, el cojo de la expedición a Baja California, cuya terrible experiencia en esa campaña no había enfriado su fervor filibustero. Con Gilman llegó también otro veterano de aquella misma expedición y que ha figurado en estas páginas, el capitán George R. Davidson. (1). Pero la aportación más valiosa que llevó el vapor, en lo tocante a los intereses económicos de Walker, no fueron los reclutas sino un escocés: Charles McDonald. Gilman se lo presentó como el amigo de C. K. Garrison, gerente en San Francisco de la Compañía Accesoria del Tránsito. (2). Consecuencia de esta entrevista sería una serie de acontecimientos relacionados con el futuro de la causa filibustera. La llegada de McDonald fue para Walker más que grata, pues ello revelaba que había en Estados Unidos un grupo de financieros que estaban dispuestos a ayudar a los americanos que quisieran echar raíces en Nicaragua.

Ni la buena suerte ni las desdichas vienen nunca solas. El mismo día que llegaron Gilman y McDonald entraron a San Juan del Sur treinta y cinco voluntarios democráticos de León; así cumplía su palabra al nuevo director provisorio. Contaba Walker ahora con doscientos cincuenta combatientes, de los cuales ciento cincuenta eran nicaragüenses. Ya podía emprender una fuerte ofensiva.

- 
- (1) Charles Gilman, nacido en Baltimore, había emigrado a California y en 1852 se afilió al colegio de abogados del estado. Davidson era originario de Frankfort, Kentucky. En la guerra méxico-americana peleó con el grado de teniente; poco después se fue a California. Ambos murieron al cabo de dos meses de haber llegado a Nicaragua. Tomado del *Herald*, Nueva York, 14 de enero de 1856.
- (2) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 124, por William Walker (EDUCA, 1970).